

Helmsgail hizo más; se bajó bruscamente y se enderezó, haciendo una ondulacion de reptil, y dió un golpe horroroso á Phelem-ghe-madone en el esternon. El coloso se bamboleó.

—Ese es un mal golpe! gritó con satisfaccion el vizconde Barnard.

Phelem-ghe-madone se cayó sobre la rodilla de Kilter, diciendo:

—Empiezo á calentarme.

Lord Desertum, despues de consultar con los jueces, dijo:

—Se suspende la lucha por cinco minutos.

Phelem-ghe-madone desfallecia; Kilter le enjugaba la sangre de los ojos y el sudor del cuerpo con un pedazo de flanela y le puso el cuello de una botella en la boca; el semi-gigante, además de la llaga de la frente, tenía el vientre muy hinchado y el sinciput (1) magullado. Helmsgail estaba aun sano.

Se levantó un murmullo entre el público.

—Es un mal golpe, repetia lord Barnard.

—Es nula la apuesta, dijo un gentleman.

—Reclamo mi puesta, repuso sir Thomas Colepeper.

—Que se me devuelvan mis quinientas guineas, que me voy, añadió sir Bartholomew Gracedien.

—Que termine la lucha, gritó la concurrencia.

Pero Phelem-ghe-madone se levantó tambaleándose como hombre ébrio y dijo:

—Continuemos el combate, pero con una condicion. Con la condicion de que yo tenga tambien el derecho de dar un mal golpe.

—Concedido! concedido! gritaron de todas partes.

Pasados los cinco minutos de la suspension volvió á continuar la lucha. Este combate, que era una agonía para Phelem-ghe-madone, era un juego para Helmsgail.

El enano pudo conseguir coger de súbito debajo de su brazo izquierdo la voluminosa cabeza del gigante y allí la sostuvo con el sobaco, con el cuello plegado y la nuca debajo, mientras que su puño derecho caía y volvía á caer con fuerza, como un martillo sobre un clavo, y le machacaba la cara. Cuando soltó á Phelem-ghe-madone y éste pudo levantar la cabeza, no se le conocía ya el rostro. Lo

(1) La parte superior de la cabeza.

que fué nariz, boca y ojos, presentaba la apariencia de una esponja negra empapada en sangre. Escupió y echó en el suelo cuatro dientes.

Despues cayó y Kilter le recibió sobre la rodilla.

Helmsgail solo tenía algunas moraduras y un arañazo en la clavícula.

Harry de Carleton exclamó:

—Ya ha concluido Phelem-ghe-madone: apuesto en favor de Helmsgail mi pairía de Bella-Agua y mi título de lord Bellew contra una peluca vieja del arzobispo de Cantorbery.

Kilter metió la flanela sangrienta dentro de la botella y la sacó empapada de ginebra: se la introdujo en la boca á Phelem-ghe-madone y éste abrió un ojo.

—Toma otra vez más ginebra, amigo mio, le dijo Kilter en voz baja; por el honor de nuestro país.

Phelem-ghe-madone obedeció á su amigo y despues se levantó.

Por el modo de colocarse en posicion este cíclope—pues no tenía ya más que un ojo—se comprendió que iba á terminar la lucha y que éste estaba perdido sin remedio. Helmsgail, que apenas estaba sudado, gritó:

—Apostaria en mi favor mil contra uno.

Helmsgail levantó el brazo y pegó, pero lo más extraño fué que los dos cayeron al suelo. Se oyó un gruñido alegre, producido por Phelem-ghe-madone, que estaba contento. Se aprovechó del golpe terrible que su contrario le dió en el cráneo para darle otro tremendo en el ombligo.

Helmsgail yacía en tierra y resollaba agonizando.

La concurrencia, que lo vió, exclamó:

—Ya se ha reembolsado.

Todos los concurrentes aplaudieron, hasta los que habian perdido.

Phelem-ghe-madone devolvió mal golpe por mal golpe y obraba segun su derecho. Se llevaron en unas angarillas á Helmsgail; era opinion general que no volveria ya á *boxar*.

—Yo gano mil doscientas guineas.

Phelem-ghe-madone quedó sin duda estropeado para toda la vida.

Al salir del sitio de la lucha, Josiana se apoyó en el brazo de lord David—lo que es tolerado entre prometidos—y le dijo:

—Esto será muy divertido, pero...

—Por qué?

—Creia que me libreria del fastidio, pero me ha aburrido más.

Lord David se paró, miró á Josiana, cerró la boca é hinchó los carrillos moviendo la cabeza, como para que ésta le atendiese, y la dijo:

—Para curar el aburrimiento solo hay un remedio.

—Cuál?

—Gwynplaine.

La duquesa le preguntó:

—Qué significa Gwynplaine?

## LIBRO SEGUNDO

### Gwynplaine y Dea.

#### I.

En el que se vé la cara del que hasta ahora solo se han visto las acciones.

La naturaleza fué pródiga con Gwynplaine: le dotó de una boca que abría de oreja á oreja, de orejas que se plegaban casi encima de los ojos, de nariz informe y de una cara que hacia reír al que la miraba. ¿Esta deformidad era obra exclusiva de la naturaleza? ¿No la habian ayudado los hombres?

No produce ordinariamente la naturaleza ojos parecidos á dias de sufrimiento, protuberancia carnosa con dos agujeros por narices y cara machacada produciendo el resultado de la risa, cuando la risa siempre es sinónima de la alegría.

Observando al volatinero (porque Gwynplaine era volatinero), pasada la primera impresion alegre que producía, se reconocía en él la huella del arte. Semejante rostro no es fortuito, sino hecho adrede. No es natural ser completo hasta ese punto. El hombre no puede mejorar su hermosura, pero sí su fealdad. No se puede hacer de un perfil hotentote un perfil romano, pero una nariz griega podreis convertirla en nariz kalmuca. ¿Llamaba este volatinero, siendo niño, la atencion, hasta el punto de que fuese digno de que le modificasen la cara de este modo? Sin duda lo hicieron así para exhibirle y para especular con él. Segun todas las apariencias, los industriosos comprachicos le habian trabajado el semblante. Era evidente que una ciencia misteriosa, acaso oculta, que era á la cirugía lo que la alquimia es á la quí-

mica, habia cincelado esa carne, desde luego en la edad infantil, y creado con premeditacion ese rostro; esa ciencia, hábil en las secciones, en las obtusiones y en las ligaduras, habia hendido la boca, destrozado los labios, descarnado las encías, extendido las orejas, deshecho los cartilagos, desordenado las cejas y las mejillas, alargado el músculo zygomatico, hecho desaparecer las costuras y las cicatrices, extendiendo la piel sobre las lesiones, conservando siempre el rostro boquiabierto, y de esta escultura poderosa y profunda habia resultado la máscara de Gwynplaine. No se nace con esa cara.

Habian hecho de ella lo que se propusieron los que la trabajaron. Gwynplaine era un dón concedido por la Providencia para librar á los hombres de la tristeza; porque, ¿no hay una Providencia demonio, como hay una Providencia Dios? Hacemos esta pregunta sin resolver la contestacion.

Gwynplaine, como saltimbanqui, se exhibía al público, y el efecto que producía en éste era indecible. Solo presentándose curaba á los hipocondríacos. Los que estaban de luto procuraban no verle para no tener que reír con inconveniencia. El verdugo fué á verle y tambien le hizo reír. El que le veía no podia evitar la risa, y el que le oía hablar reía á carcajadas. Era el polo contrario al de la afliccion; el *spleen* ocupaba un extremo y Gwynplaine el otro.

Por eso alcanzó rápidamente en las férias y en las plazas públicas la fama de hombre horrible; sin embargo, su rostro se reía, pero no su pensamiento. La especie de cara nunca vista que la casualidad ó la industria le habia proporcionado reía ella sola; Gwynplaine no contribuía á ello; su exterior no dependía de su interior. El no podia arrancarse la risa que le grabaron en la frente, en las mejillas, en las cejas y en la boca; se la dejaron indeleble en el rostro; era una risa automática é irresistible, porque estaba en él petrificada. La boca tiene dos convulsiones comunicativas; la risa y el bostezo. En virtud de la misteriosa operacion que sufrió Gwynplaine siendo niño, todas las partes del rostro contribuían á darle el aspecto indicado, y todas sus emociones, fuesen de la especie que fuesen, aumentaban aquella extraña imágen de la alegría, ó por mejor decir, la agravaban. Figuraos una cabeza de Medusa alegre.

El arte antiguo aplicaba en otros

tiempos en los frontis de los teatros de Grecia una cara alegre, de cobre. Esta cara se llamaba la Comedia. Esa cara, que estaba pensativa, parecía que reía y hacia reír. Todas las parodias que conducen á la demencia y todas las ironías que llegan hasta la sabiduría, se amalgamaban en ella; la suma de cuidados, de desilusiones, de disgustos y de pesares se encontraba con su frente impasible y daba el total lúgubre de la alegría; levantaba uno de los extremos de su boca la burla por la parte del género humano, y la blasfemia el otro extremo por la parte de los dioses; los hombres confrontaban con ese modelo del sarcasmo ideal el ejemplar de ironía que cada uno posee, y la multitud, renovada sin cesar alrededor de esa risa fija, se admiraba fácilmente ante la inmovilidad sepulcral de aquella risa mofadora. La máscara muerta de la Comedia antigua, ceñida á un hombre vivo, podía casi decirse que era la de Gwynplaine. ¡Carga pesada es para un hombre la risa eterna!

Expliquemos esa risa eterna y entendámonos. Es creencia de los maniqueos que lo absoluto cede algunas veces y que Dios mismo tiene intermitencias. Entendámonos también respecto á la voluntad. Que pueda ser siempre enteramente impotente no lo admitimos. La existencia es como una carta que la postdata modifica. Para Gwynplaine el *post scriptum* era este: á fuerza de voluntad y concentrando en ella toda su atención, y sin que ninguna emoción distrajerse ni detuviese la fijeza de sus esfuerzos, podía llegar á suspender el eterno aspecto de su cara y cubrirla con una especie de velo trágico; entonces el que le miraba no se reía, se estremecía. Pero semejante esfuerzo casi nunca le hacia Gwynplaine, porque le producía dolorosa fatiga y tensión insostenible. Bastaba por otra parte la menor distracción ó la más insignificante emoción para que la risa arrancada volviese á aparecer irresistible como un refluo en su fisonomía, y era siempre más intensa que la emoción. Exceptuando esta difícilísima restricción, la risa de Gwynplaine era eterna.

La gente reía al verle y después volvía la cabeza al otro lado. A las mujeres, sobre todo, les causaba horror; era un hombre espantoso. La convulsión bufona que sufrían era como la paga de un tributo; la sufrían con alegría casi mecánica. Pasado el momento de la risa, era

Gwynplaine para las mujeres insostenible de ver é imposible de mirar.

Dejando el rostro aparte, era alto, bien formado, ágil, y esta era otra indicación más que hacia presumir que Gwynplaine era creación del arte y no obra de la naturaleza. Siendo bien formado de cuerpo, debió haberlo sido de rostro; al nacer debió ser un niño como cualquier otro. Conservaron el cuerpo intacto y solo le retocaron la cara. Gwynplaine había sido hecho así exprofeso.

Esto era lo verosímil. Le dejaron los dientes, porque son necesarios para reír. La operación que verificaron con él debió ser espantosa; él no lo recordaba, pero esto no prueba que no la sufriese. Esa escultura quirúrgica solo pudo producir ese resultado en un niño muy pequeño, y por consiguiente sin tener conciencia de lo que le sucedía, creyendo que una llaga era una enfermedad. Además, entonces eran ya conocidos los medios de adormecer al paciente y de suprimir el sufrimiento.

Además de esta cara, los que le educaron le habían proporcionado cualidades de gimnasta y de atleta; sus articulaciones, útilmente dislocadas y á propósito para hacer flexiones en sentido inverso, recibieron educación de clown y podían, como los goznes de las puertas, moverse en todos los sentidos. Nada se omitió en él para que pudiese dedicarse al oficio de saltimbanqui.

Tiñeron su cabello de color de ocre una vez para siempre; este secreto se ha vuelto á encontrar en nuestros días. Las mujeres hermosas lo utilizan; lo que afeaba en otros tiempos ahora se cree que embellece. Gwynplaine tenía el cabello amarillento; la pintura del cabello, que aparentemente es corrosiva, se lo dejó lanudo y grueso: lo tenía erizado de tal modo, que más parecía melena que cabellera, y cubría y ocultaba un cráneo formado para encerrar el pensamiento. La operación que privó de armonía al rostro y desordenó su carne, no había hecho presa de la caja huesosa. El ángulo facial de Gwynplaine era poderoso y sorprendente. Detrás de su risa eterna ocultaba un alma que soñaba como la de todos los demás.

Por otra parte, la risa le servía á Gwynplaine de talento; no pudiendo acabar con ella, le sacaba partido; por medio de la risa se ganaba la vida.

Gwynplaine era aquel niño que abandonaron una tarde los comprachicos en las costas de Portland y que recogió

Ursus en su choza ambulante en Weymouth.

## II.

Dea.

El niño era en 1705 un hombre; quince años habían transcurrido desde entonces; Gwynplaine tenía ya veinticinco.

Ursus se quedó con los dos niños y formaban un grupo nómada. Ursus estaba completamente calvo y Homo gris. La edad de los lobos no está fijada aun, como la de los perros: según Molin, hay lobos que viven ochenta años, entre otros el koupara, *cavia vorus*, y el lobo odorante, *canis nubilus*, de Say.

La niña pequeña, encontrada junto á su madre muerta, era ya ahora una criatura de diez y seis años, pálida, con cabellos negros, delgada, casi temblante de delicada, admirablemente hermosa, con los ojos llenos de luz, pero ciegos.

La fatal noche de invierno que lanzó al suelo á la mendiga con su niña causó dos desgracias; mató á la madre y cegó á la hija. La gota serena paralizó las pupilas de ésta: en su rostro privado de la luz del día, el extremo de los labios abatidos expresaba ese amargo disgusto. Sus ojos, grandes y claros, ofrecían la singularidad de estar apagados para ella y brillaban para los demás; misteriosas luces encendidas, que solo alumbraban el exterior. Esa cautiva de las tinieblas blanqueaba el sitio en que se encontraba; desde el fondo de su oscuridad incurable, por detrás de la pared negra que se llama ceguera, resplandecía. No veía por fuera el sol y veían en ella los demás el alma. Su mirada muerta tenía una fijeza celestial: era noche, y de la sombra irremediable que se amalgamaba á ella salía un astro.

Ursus, monomaniaco por los nombres latinos, la había puesto el de Dea. Hasta cierto punto consultó con el lobo, diciéndole: Tú representas al hombre, yo al animal: somos el mundo de aquí abajo y esta pequeña representará el de arriba. Tanta debilidad debe tener mucho poder; de este modo tendremos el universo completo en nuestra choza, humanidad, bestialidad y divinidad.

El lobo no le puso ninguna objeción. Por eso la niña se llamó Dea.

En cuanto á Gwynplaine, Ursus no se tomó el trabajo de buscarle nombre.

La misma mañana en que vió el rostro desfigurado del niño y la ceguera de la niña, le preguntó:—Muchacho, ¿cómo te llaman? Este le contestó:—Me llaman Gwynplaine.—Pues bien, ese será siempre tu nombre, repuso Ursus.

Dea ayudaba á Gwynplaine en sus ejercicios.

Si la miseria humana pudiera reasumirse, se reasumiría en Gwynplaine y en Dea. Parecía que habían nacido cada uno en un compartimiento del sepulcro; Gwynplaine en el horrible y Dea en el negro. Sus dos existencias estaban formadas de tinieblas de diferente clase, cogidas de los dos lados formidables de la noche. Estas tinieblas las tenía Dea dentro de ella y Gwynplaine sobre él. Dea tenía algo de fantasma y Gwynplaine de espectro. Dea vivía en lo lúgubre y Gwynplaine en lo peor; éste, que podía ver, luchaba con la posibilidad dolorosa, que no existía para la ciega Dea, de compararse con los otros hombres; y en un estado como el suyo, admitiendo que pudiera darse cuenta de él, compararse era no comprenderse. Tener, como Dea, vacía la mirada, es suprema desdicha; sin embargo, es menor que la de Gwynplaine; es ser su propio enigma, es sentir algo ausente, que es uno mismo, es ver el universo y no verse á sí propio. A Dea le cubría el velo de la noche y á Gwynplaine la máscara de su rostro, y es inexplicable estar enmascarados, como éste, con su propia carne. Ignoraba cómo fué su fisonomía antes. Le habían sustituido por otro él falso. Tenía por rostro una desaparición. Vivía su cabeza y su cara había muerto, y no se acordaba de haberla conocido nunca. El género humano, para Dea como para Gwynplaine, era un hecho exterior; estaban lejos de él, ella sola y él solo; el aislamiento de Dea era fúnebre, porque nada veía; el aislamiento de Gwynplaine era siniestro, porque lo veía todo. Para Dea la creación no pasaba del oído y del tacto; su realidad era corta y limitada, no conocía otro infinito que el de la sombra. Para Gwynplaine vivir era tener siempre á la multitud delante y fuera de él. Dea era la proscripta de la luz y Gwynplaine el desterrado de la vida. Eran dos desesperados, que habían llegado al fondo posible de la calamidad y que vivían en él. El observador que se fijase en ellos se sentiría afectado de inconmensurable compasión. Un decreto de la desgracia pesaba visiblemente sobre esas dos criaturas, y nunca la fata-

lidad se empeñó tanto en conseguir que fuese, para dos seres inocentes, el destino una tortura y la vida un infierno.

Pero ellos vivían en el paraíso, porque se amaban.

Gwynplaine adoraba á Dea; Dea idolatraba á Gwynplaine.

—Eres tan hermoso! decía ella.

### III.

Oculos non habet et videt.

Solo veía Gwynplaine á una mujer en el mundo, y esta mujer era ciega.

Todo lo que Gwynplaine había hecho por Dea, ésta lo sabía por Ursus, á quien todo se lo había referido. Dea sabía que acabando casi de nacer y muriendo encima de su madre, que acababa de espirar, un sér, un poco menos pequeño que ella, la recogió; que este sér, eliminado y rechazado por todo el mundo, había oído sus lloros y sus gritos; que siendo todos sordos para él, él no lo había sido para ella; que este niño, débil y abandonado, sin punto de apoyo en la tierra, arrastrándose por el desierto, desfallecido de cansancio, aceptó de manos de la noche el peso de otro niño; que él, que no podía esperar tener parte en la distribución que se llama suerte, se encargó de otro destino y se constituyó en su Providencia; que cuando el cielo se cerraba, él la abrió su corazón; que estando perdida, él la salvó; que no teniendo techo ni abrigo, él la sirvió de refugio, sirviéndola de madre y de nodriza; que él, que estaba solo en el mundo, respondía á su abandono adoptándola; que en su oscuridad supo dar este ejemplo; que no creyéndose bastante desventurado, quiso aumentar su desventura con otra miseria; que en el mundo, que nada le ofrecía, descubrió su deber; que, semi-desnudo, cubrió á Dea con sus andrajos porque tenía frío; que, á pesar de estar hambriento, pensaba en hacerla comer y beber; que por ella este niño había combatido y arrostrado la muerte bajo todas sus formas, bajo la forma del invierno y la de la nieve, bajo la de la soledad y la del terror, del frío, del hambre, de la sed y del huracán; que por ella, ese titán de diez años había aceptado la batalla con la inmensidad nocturna.

Dea sabía que Gwynplaine había hecho todo esto siendo niño, y que hoy, que era hombre, era para ella la fuerza de su debilidad, la riqueza de su indi-

gencia y la mirada de su ceguera. A pesar de las densidades oscuras que le apartaban de él, distinguía con claridad su abnegación y su valor. El heroísmo tiene su contorno en la región inmaterial, y ella se apoderaba de ese contorno en la inexpresable abstracción en que vive el pensamiento que el sol no ilumina, y comprendía el misterioso lineamiento de la virtud.

Entre el montón de cosas oscuras puestas en movimiento, única impresión que le producía la realidad; en el estancamiento inquieto de la criatura pasiva y siempre vigilando el peligro posible; en la sensación de estar en él sin defensa por toda la vida, comprendía Dea establecido á Gwynplaine, nunca enfriado, nunca ausente, á Gwynplaine siempre tierno y á punto de socorrerla, y Dea se sobresaltaba de gozo y de gratitud; la calma de su ansiedad la conducía al éxtasis, y con los ojos apagados contemplaba en el zenit de su abismo la luz profunda de su bondad.

La bondad es el sol en el ideal y Gwynplaine deslumbraba á Dea.

Para la multitud, que tiene muchas cabezas para tener un pensamiento y demasiados ojos para tener una mirada; para la multitud, que es superficial y se para en las superficies, Gwynplaine era un clown, un volatinero, un saltimbanqui, un sér grotesco, casi, casi un animal. La multitud solo conocía de él el rostro.

Para Dea, era el salvador que la recogió de la tumba y la sacó de allí; el consuelo que la hacía posible la vida; el libertador, cuya mano conocía que dirigía la suya en el laberinto de la ceguera; Gwynplaine era el hermano, el amigo, el guía, el sostén, el esposo alado y radiante; y en el que la multitud veía un monstruo, ella veía un arcángel.

Es porque Dea, á pesar de ser ciega, sabía ver el alma.

### IV.

Dos amantes á propósito.

Ursus comprendía todo esto perfectamente y aprobaba la fascinación de Dea.

—La ciega vé lo invisible, decía; añadiendo:

—La conciencia es visión.

Contemplaba á Gwynplaine y murmuraba:

—Semi-monstruo, pero semi-dios.

Dea también fascinaba á Gwynplaine. Existe un ojo invisible, que es el espíritu, y un ojo visible, que es la pupila, y con este ojo la veía él.

Dea sentía el deslumbramiento ideal y Gwynplaine el deslumbramiento real; el saltimbanqui no solo era feo, sino espantoso, y ella le ofrecía el contraste de belleza tan suave con el de fealdad tan horrible. Dea parecía un sueño que había tomado cuerpo. Había en toda su figura, en su talle delgado é inquieto como una caña, en sus hombros, quizás invisiblemente alados; en las redondeces discretas de sus contornos que indicaban el sexo, pero al alma más que á los sentidos; en su blancura casi transparente, en la serenidad divina de sus ojos sin mirada, en la inocencia sagrada de su sonrisa, aproximación grande al ángel, sin llegar á borrarse en ella el carácter de mujer.

Gwynplaine, como ya dijimos, se comparaba con los demás y comparaba á Dea. Su existencia actual era el resultado de una doble elección inaudita; era el punto de intersección de dos rayos, uno de arriba y otro de abajo, del rayo negro y del rayo blanco. La misma migaja puede picotearse á un tiempo por el pico del bien y por el del mal, el uno causando una mordedura y el otro dando un beso. Gwynplaine era esta migaja, átomo herido y acariciado. Fué el producto de la fatalidad complicada con la Providencia. La desgracia puso la mano sobre él, pero también la felicidad. Dos destinos extremos componían su suerte extraña. Caían sobre él un anatema y una bendición. Quién era él? El mismo lo ignoraba: cuando se contemplaba se desconocía, pero el desconocido que veía en él era monstruoso. Gwynplaine vivía como decapitado, llevando un rostro que no era el suyo; este rostro era espantoso, tan espantoso que hacía reír; era infernalmente bufon, era el cambio del rostro humano en un mascarón bestial. Nunca se vió tan total eclipse del hombre en el semblante humano, jamás parodia tan completa, jamás caraza tan terrible se rió en una pesadilla, jamás todo lo que repugna á la mujer se amalgamó con tanta fealdad en un hombre; y su corazón desventurado, que enmascaraba y calumniaba la cara, parecía condenado perpétuamente á la soledad. Pues bien, no era así; donde la maldad desconocida agotaba sus recursos, la bondad invisible hacía á su vez derroche de los suyos; al pobre caído le levantó; al lado de lo que tenía de re-

pulsivo colocó lo que atrae; puso muy cerca de él un alma, encargándola que le consolase, y consiguió que la belleza adorase á la deformidad. Para que esto fuera posible era menester que la hermosa no viese al desfigurado; para lograr la dicha era necesaria esa desgracia. La Providencia fué la que hizo cegar á Dea.

Gwynplaine conocía vagamente que era objeto de una redención. ¿Por qué le habían perseguido? No lo sabía. ¿Por qué le rescataban? Lo ignoraba, pero veía que sobre su herida caía un bálsamo. Ursus, cuando Gwynplaine estuvo en la edad de comprender, le leyó y le explicó el texto del doctor Conquest, *De Denasatis*, y en otro infolio, *Hugo Flagon*, el pasaje *Nares habens mutilatas*; pero Ursus se abstuvo prudentemente de hacer hipótesis y de sacar conclusiones. Sus suposiciones eran posibles y entreveía la posibilidad de vía de hecho contra la infancia; pero para Gwynplaine solo había una evidencia, el resultado. Su destino de estar condenado á vivir bajo un estigma. Por qué cargaba con ese estigma? No lo sabía Gwynplaine. Eran hechas al aire todas las conjeturas que se hiciesen sobre su realidad trágica, y solo era cierto y seguro el hecho terrible. Para consolarle en su aflicción intervenía Dea, que era una interposición celeste entre Gwynplaine y la desesperación, y recibía conmovido y entrando en calor el afecto de la joven hermosa, que le miraba compasiva en su infortunio: asombro paradisiaco enternecía su faz draconiana, y acostumbrado á las tinieblas, tenía por prodigio que la luz le admirase y le adorase en el ideal, y sabiendo que era un monstruo, sentía el inefable placer de que una estrella le contemplase.

Gwynplaine y Dea formaban una pareja y sus dos corazones patéticos se adoraban. Un nido con dos pájaros; esa era su historia. Estaban ya en los dominios de la ley universal, que consiste en gustarse, buscarse y encontrarse.

De este modo quedó chasqueado el odio. Las persecuciones de que fué víctima Gwynplaine y el enigmático encarnizamiento contra él, habían errado el tiro; quisieron hacer de él un hombre desesperado y lo hicieron feliz. La tenaza del verdugo se convirtió para él en mano de mujer. Gwynplaine era artificialmente horrible por la industria de los miserables comprachicos, que creyeron de este modo aislarle para siempre, primero de la familia, si la tenía, y des-

pues de la humanidad: siendo niño le convirtieron en una ruina; pero la naturaleza recobró esta ruina como las recobra todas, y consoló su soledad, como consuela todas las soledades: la naturaleza socorre todos los abandonos; donde todo desaparece, vuelve á hacerlo aparecer, reflorece y reverdece por todas partes, y dá la hiedra á las piedras y el amor á los hombres.

Generosidad profunda de la sombra.

## V.

El azul en el negro.

Así vivían, uno para otro, esos dos desventurados, apoyándose Dea en Gwynplaine; la huérfana quería al huérfano y la imperfección se ponía bajo el amparo de lo deforme: se casaban esas dos viudedades.

Inefable acción de gracias rendían esas dos aficciones. A quién? A la inmensa oscuridad. Basta con dar las gracias, porque esa acción tiene alas y vuela adonde debe ir. La plegaria sabe más que nosotros. Muchos hombres creyeron rogar á Júpiter y rezaban á Jehová. ¡A cuántos creyentes en amuletos escucha el infinito! ¡Cuántos ateos no conocen que por el mero hecho de ser buenos y de estar tristes ruegan á Dios!

Gwynplaine y Dea estaban agradecidos.

Deformidad quiere decir expulsión; ceguera quiere decir precipicio; pero en ellos la expulsión era adoptada y el precipicio estaba habitado.

Gwynplaine veía descender hasta él, en uno de los arreglos del destino, semejante á la luminosa perspectiva de un sueño, blanca y hermosa nube en forma de mujer, visión radiante que tenía color; y esta aparición semi-nube y sin embargo mujer le estrechaba, le abrazaba, y ese corazón correspondía al suyo. Gwynplaine no se creía ya que era deforme desde que fué amado: una rosa pidió en matrimonio á una crisálida, presintiendo en ella la divina mariposa; el rechazado Gwynplaine fué el escogido.

Todo consiste en ser á propósito; Gwynplaine lo era y Dea también.

Formaban la penetración de dos infortunios en el ideal, éste absorbiendo aquel. Dos exclusiones que se admitían. Dos lagunas que se combinaban para completarse. Se unían por lo que les faltaba, por lo que el uno era pobre y el otro

era rico. La desgracia del uno constituía el tesoro del otro. Si Dea no fuese ciega, hubiera escogido á Gwynplaine? Si Gwynplaine no fuese un monstruo, ¿hubiese preferido á Dea? Probablemente ella no hubiera amado lo deforme ni él lo imperfecto. Es fortuna para Dea que Gwynplaine sea repugnante, y es suerte para éste que aquella sea ciega. Eran imposibles sin estas cualidades providenciales. La prodigiosa necesidad de uno y de otro formaba el fondo de su amor. Producía su adherencia el encuentro de sus dos desgracias. Se abrazaban al ser tragados por el abismo.

Gwynplaine pensaba:—¿Qué sería yo sin ella!

Y Dea:—¿Qué sería yo sin él!...

Sus dos destierros les conducían á una patria; sus dos fatalidades incurables, el estigma de Gwynplaine y la ceguera de Dea, verificaban su junción en la satisfacción propia de cada uno. Se bastaban y no pensaban en nada fuera de sí mismos; hablarse era para ellos un placer, aproximarse una felicidad; á fuerza de intuición recíproca habían conseguido la unidad de pensamiento; pensaban los dos lo mismo. Se estrechaban el uno contra el otro, con una especie de claro-oscuro sideral, lleno de perfumes, de resplandores, de músicas, de arquitecturas luminosas, de sueños; se pertenecían y se encontraban juntos para siempre en la misma alegría y en el mismo éxtasis: nada era tan extraño como el edén que construían estos dos condenados.

Eran dichosos de un modo inexpressable. De su infierno habían hecho un cielo; tal es la omnipotencia del amor!

Así encontraron la felicidad ideal y realizaron la alegría perfecta de la vida, resolviendo el problema misterioso de la felicidad. Y quién lo resolvía? Dos desventurados.

Dea era el esplendor para Gwynplaine y éste era la presencia para Dea. La presencia, profundo misterio que diviniza lo invisible, y de la que resulta otro misterio, la confianza. Esto es lo irreducible en las religiones, pero esto irreducible basta. No se vé al ser inmenso y necesario, pero se le presiente. Gwynplaine era la religión de Dea. A veces, loca de amor, se arrodillaba delante de él como una especie de hermosa sacerdotisa de un gnomo de pagoda.

Figuraos el abismo y en medio de él un oasis de claridad, y en este oasis esos dos seres, deslumbrándose fuera de la vida.

Sus amores eran muy puros. Dea ignoraba lo que era un beso, aunque quizás lo desease; pues la ceguera, sobre todo en la mujer, tiene sus sueños, y aunque temblaba por las aproximaciones de lo desconocido, no las rechazaba todas. En cuanto á Gwynplaine, su accidentada juventud le hizo pensativo, y cuanto más se entusiasmaba con Dea, más tímido era; pudo atreverse á todo con la compañera de su primera edad, que desconocía esta falta, como desconocía la luz; con esta ciega, que solo veía que ella le adoraba; pero él creía de ese modo robar lo que ella le concedería, y se resignaba con satisfactoria melancolía á amarla platónicamente, resolviéndose en pudor augusto el sentimiento de su deformidad.

Esos dichosos vivían en el ideal, siendo allí esposos separados, como las esferas. Cambiaban en la extensión azul el efluvio profundo que en el infinito se llama atracción y en la tierra sexo. Se daban los besos del alma.

Vivían en vida común: no se juntaban de otro modo. La infancia de Dea coincidió con la adolescencia de Gwynplaine, y crecieron uno al lado del otro. Habían dormido mucho tiempo en la misma cama, porque la choza no permitía otra cosa. Ellos dormían sobre el cofre y Ursus sobre el piso. Llegó un día, cuando aun Dea era pequeña, pero cuando Gwynplaine se sintió hombre, que en éste comenzó la vergüenza. Entonces le dijo á Ursus:—Yo también quiero dormir en tierra. A la siguiente noche se tendió al lado del viejo, sobre la piel de oso. Dea lloró y reclamó á su compañero de lecho; pero no lo consintió Gwynplaine, que estaba ya inquieto, porque empezaba á quererla. Desde entonces Gwynplaine se acostó en tierra con Ursus. Este en verano, cuando hacia buena noche, se acostaba con Homo fuera de la choza ambulante. Tenía ya Dea trece años y no estaba resignada aun á esta separación; con frecuencia decía por la noche:—Gwynplaine, ven aquí, á mi lado, y así dormiré mejor. Tener un hombre al lado era para ella la necesidad del sueño de la inocencia. La desnudez consistió en verse desnudos: por eso ella ignoraba lo que era desnudez. Inocencia de la Arcadia ó de Otaiti. La salvaje Dea hacia á Gwynplaine feroz. A veces Dea, siendo ya mujer, peinaba su larga cabellera, sentada sobre la cama, con la camisa casi caída, dejando ver el bosquejo de la estatua femenina, y llamaba

á Gwynplaine. Este se ruborizaba, bajando los ojos, y no sabía lo que le pasaba á la vista de aquella carne; balbuceaba, volvía la cabeza á la parte opuesta, tenía miedo y se iba: este Dafne de las tinieblas huía ante aquella Cloe de la sombra. Tal era aquel idilio, encerrado en una tragedia.

Ursus les decía:

—Estúpidos, adoraos!

## VI.

Ursus institutor y Ursus tutor.

Ursus añadía para sí:

—El mejor día les voy á jugar una mala pasada; los voy á casar.

Explicando á Gwynplaine la teoría del amor, le decía:

—¿Sabes cómo Dios enciende el fuego del amor? Pone á la mujer debajo, al diablo en medio y al hombre arriba; enciende un fósforo, esto es, una mirada, y arde todo.

—Para eso no se necesita la mirada, respondió Gwynplaine, pensando en Dea.

—¿Para mirarse las almas necesitan ojos, majadero?

Ursus muchas veces consolaba á Gwynplaine, y en los momentos de locura se acogía á éste. Ursus le dijo un día:

—Por eso no estés sombrío ni incomodado. El gallo se pavonea cuando ama.

—Pero el águila se oculta, le respondía Gwynplaine.

Otras veces Ursus se decía aparte:

—Será prudente poner palos en las ruedas del carro de Citerea. Se quieren demasiado y esto puede traer inconvenientes. Evitemos el incendio; modéremos sus corazones.

Ursus recurría á consejos de este género, dándoselos á Gwynplaine cuando Dea dormía, y á ésta cuando aquel no estaba delante.

—Dea, no debes encadenarte tanto á Gwynplaine; vivir para otro es muy peligroso. El egoísmo es casi la felicidad. No hay que fiar mucho de los hombres; Gwynplaine puede infatuarse, porque le aplauden mucho; ¡no sabes qué grandes éxitos consigue!

—Gwynplaine, lo desproporcionado nada vale. Demasiada fealdad por una parte y demasiada belleza por otra, debe hacerte reflexionar. Atempérese ese ardor. No te entusiasmes tanto con Dea. Crees que has nacido para ella? Consi-